

Parar la olla en tiempos de pandemia

Malena **García**

Becaria Doctoral CONICET.

Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder Aníbal Ford.

Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata

malena_garcia@live.com

Este breve ensayo se propone reponer algunas dimensiones que hacen al trabajo socio-comunitario, el cual fue reconocido como esencial durante el período de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) a partir de la pandemia del COVID-19. El análisis recoge los testimonios de Liliana, Claudia y Alicia, tres trabajadoras sociocomunitarias de la localidad de Abasto, La Plata; con la intención de vislumbrar algunas de las desigualdades sociales presentes en el trabajo que realizan, en relación a la capacidad de hacer frente de manera segura a la pandemia; así como también la posibilidad de percibir una remuneración y legitimidad social por el mismo (Salgado, 2020).

Durante la década de los '70 y fundamentalmente los '90 se produjeron una serie de transformaciones sociales, económicas y políticas producto de la instauración del modelo neoliberal que tuvieron como resultado altos niveles de desocupación, exclusión social y precarización de la vida y las relaciones asalariadas. Los procesos de reformas de mercado y liberalización de la economía provocaron graves crisis económicas en América Latina en general, sosteniendo la hegemonía de los sectores dominantes a partir del empobrecimiento de los sectores que excluye y que empuja a la marginalidad, considerándolos población "de excedente" (Pérez Sainz, 2019). Este "excedente" consiste en personas que son excluidas por el modelo capitalista globalizado por no ser necesarias para ser explotadas, en el marco de un mercado de trabajo cada vez más expulsivo e incapaz de absorber la demanda de trabajo (Lazarte y otros, 2020). Por ello, para el capitalismo son prescindibles y su desaparición no implica ningún cambio en el orden neoliberal (Pérez Sainz, 2019).

Estas transformaciones, a su vez, se reflejaron en la creciente territorialización de los procesos políticos en los sectores populares. El empobrecimiento masivo de la clase trabajadora, la desocupación, la pérdida

de centralidad de los ámbitos tradicionales de socialización en general, y los políticos en particular (como los sindicatos); sumado a la desvalorización de la política institucional, llevó a que el escenario barrial cobre centralidad como ámbito de inscripción territorial de las prácticas, redes de sociabilidad y organización colectiva en los habitantes de los barrios populares (Vázquez y Vommaro, 2009).

Tras la crisis política y económica de 2001 y con el cambio de escenario político en el 2003, se produjo una contundente recomposición social y económica, que se reflejó en el aumento del consumo, el empleo, los salarios y el crecimiento de la producción (Lazarte y otros, 2020). Si bien las organizaciones ligadas al movimiento obrero recuperaron poder en las negociaciones colectivas, un núcleo importante de la clase trabajadora argentina quedó por fuera de toda representación gremial y continuó en situación de extrema precariedad laboral, en muchos casos sin la posibilidad de acceder a un empleo con derechos básicos garantizados (Lazarte y otros, 2020). De esta manera, una significativa parte de la clase trabajadora continuó desarrollando actividades laborales al borde la subsistencia, sin derechos laborales y toda relación salarial, trabajos que constituyen lo que conocemos como economía popular.

A medida que el trabajo formal dejaba de ser el ámbito central de experiencia personal y con la ruptura de lazos solidarios construidos históricamente en torno al mundo del trabajo, los barrios se convierten en el espacio por excelencia de construcción de las identidades sociales y base de la acción colectiva (Merklen, 2005). Esas experiencias organizativas son sostenidas en gran parte por mujeres, que aportan a la contención y reproducción social a partir del trabajo en comedores y merenderos, a partir de su rol defendiendo o asesorando a otras en situación de violencia, cuidando niños/as de todo el barrio, gestionando recursos estatales, acompañando abortos, armando espacios culturales y defendiendo a jóvenes de la violencia institucional (López, 2020).

Como señala López (2020), la pandemia no sólo profundiza las desigualdades preexistentes, sino que pone los cuidados en el centro de la escena: cuidados de la población en riesgo, cuidado de las infancias con las escuelas cerradas, cuidados alimentarios, cuidados de salud. En los barrios populares, donde una buena parte de la población resuelve su día a día realizando trabajos de la economía popular, la imposibilidad de salir a trabajar implicó una demanda creciente en los comedores populares, que en la actualidad alimentan a millones de personas en todo el país. La

precarización laboral, además, impacta sobre todo en las mujeres, aquellas que le pusieron el cuerpo a la pandemia en la primera línea de batalla.



Imagen 1. Mujeres en la olla popular de la calle 520 y 214. Abasto.

Mujeres y trabajo sociocomunitario

Todos los días, Liliana abre el comedor “Dar por nuestros hijos”, en la localidad platense de Abasto. Hace 17 años que el comedor funciona diariamente, excepto los lunes, brindando viandas y apoyo escolar para los vecinos y vecinas del barrio. Muchas de las trabajadoras de comedores tienen sus principales ingresos a través de programas sociales como el Salario Social Complementario (que equivale a 8500 pesos, desde su última actualización en agosto de 2019), la Asignación Universal por Hijo y el Ingreso Familiar de Emergencia, el cual consistió en un ingreso excepcional de 10.000 pesos entre los meses de septiembre y diciembre de 2020. En un contexto de escuelas cerradas y trabajos de la economía popular paralizados por la pandemia del COVID-19, aumentaron las horas de trabajo y los riesgos:

—La verdad me preocupa mucho, no te voy a mentir. Pero mi decisión fue seguir, a pesar del miedo que tenía de contagiarme o que mis compañeros

se contagien, mi decisión es seguir. El comedor sigue de pie y va a seguir de pie —dice Liliana.

—Cuando cocinamos, armamos las viandas, una vez que la vianda está armada, lo que hacemos es llevarlas a la casa a quien lo necesita, a quien no lo puede venir a buscar. Tenemos abuelos, familias, mamás con bebés, mamás solteras, que les llevamos nosotros la comida —cuenta Alicia, otra trabajadora del comedor.



Imagen 2. Liliana. Referenta del comedor “Dar por nuestros hijos”, Abasto.

Históricamente, el trabajo doméstico ha sido un trabajo invisibilizado, precarizado y feminizado: se trata de tareas que no son valoradas socialmente como trabajo, que son invisibles en la economía —no forman parte, por ejemplo, del PBI— y que aparecen como naturalmente desarrolladas por las mujeres bajo el supuesto de que son mejores cuidadoras. Por ende, estas tareas no son remuneradas. Según datos del INDEC (2014), las mujeres destinan en promedio seis horas diarias a las tareas de cuidado, mientras que los varones sólo dos. Las mujeres que trabajan en comedores y merenderos realizan tareas de cuidado, ya que crean redes de contención alimentaria y social para gran parte de la

población. Ellas no resuelven sus necesidades económicas de manera individual, sino que sus ingresos están atravesados por las necesidades de los grupos a los que pertenecen, incluso más allá de sus familiares: muchas sostienen redes comunitarias, ayudas sociales, militancias territoriales. Por eso, las tareas de cuidado no suceden únicamente hacia el interior de los hogares, sino que las fronteras entre el hogar y el de los hogares vecinos pueden ser difusas.

Es conocida la expresión de que las mujeres son las primeras en “parar la olla” en los barrios. Esta afirmación se relaciona con tareas de cuidado comunitarias que adquieren una visibilidad particular en tiempos de crisis, pero que responden a lógicas cotidianas. El cuidado de niños y niñas del barrio o cocinar en los comedores son tareas del entramado comunitario de los barrios populares. Las mujeres juegan un rol clave en estos contextos, donde las relaciones de proximidad tienen un peso muy importante para garantizar redes que permitan acceder a derechos como la alimentación, el trabajo y los programas sociales.

Una tarea visible como servir una comida implica muchas otras tareas y recursos invisibles: “Siempre estamos yendo a buscar mercadería donde nos dicen que hay. Salimos a buscar a la mercadería por los negocios que nos dan”, cuenta Claudia. Para la olla popular que realizan sobre la calle 520 —en la toma de tierras que se mantiene en la zona desde el año 2015—, hacen el fuego antes de las nueve de la mañana. Además de la preparación previa de todos los insumos y el traslado de la mercadería, llevan elementos propios si es necesario: esta vez, Alicia llevó de su casa seis platos y seis cucharas. Otras compañeras prestaron ollas. Por último, Liliana llevó tablas de madera y palos de madera para revolver los guisos. Cocinan, sirven la comida con mínima protección: un barbijo y la canilla de una vecina donde pueden lavarse las manos, las verduras y los elementos de cocina utilizados. También implica un trabajo invisible de construcción de confianza y referencia en la comunidad que posibilita la llegada al barrio a través de las viandas, la merienda, los espacios de cuidado, o talleres de niñeces y juventudes (Lazarte y otros, 2020).



Imagen 3. Olla popular en la toma de las calles 520 y 214. Abasto.



Imagen 4. Alicia y Gladys, militantes barriales. Abasto.



Imagen 5. Liliana, referenta del Comedor "Dar por nuestros hijos", Abasto.



Imagen 6. Liliana, referenta del Comedor "Dar por nuestros hijos", Abasto.

Siguiendo a López (2020), el proceso de reconocimiento estatal del rol de las mujeres cuidadoras como “promotoras comunitarias” no es ajeno a los feminismos, y su disputa en torno al reconocimiento de las tareas de cuidado y de reproducción social, generalmente mal remuneradas cuando no realizadas de forma gratuita. A fines de diciembre de 2020, el gobierno nacional implementó un reconocimiento de 5.000 pesos para beneficiarios/as del Salario Social Complementario en comedores, merenderos y centros comunitarios. Pese a que no tuvo avances en el Congreso de la Nación, la propuesta inicial “Ley Ramona”, presentada por el Frente de Todos, e instrumentada finalmente vía el Ministerio de Desarrollo Social, homenajea a la militante social Ramona Medina, quien falleció por COVID-19 después de haber denunciado durante semanas la falta de agua en la villa 31, uno de los barrios más poblados de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Finalmente, el reconocimiento económico se inscribe en una serie de políticas que buscan disminuir las desigualdades económicas que sostienen a miles de mujeres en la precarización laboral y la pobreza.



Imagen 7. Casillas en la toma de tierras que se sostiene desde el año 2015. Abasto.

Al mediodía, ya están listos el guiso de arroz y el guiso de fideos: se forma una fila donde aparecen jóvenes, niños y mujeres con tapers para llevarse la vianda de comida. Por la tarde, al finalizar la olla, tienen agendada una reunión de delegados/as barriales. En la toma de tierras de Abasto, los vecinos y vecinas viven en precarias casillas sin piso y con paredes de nylon, sin acceso a servicios de agua, gas y electricidad.

“Entonces ¿qué hacemos? Vamos a traer agua de los vecinos, o traemos por galones para el baño. Necesitamos más que todo para lavarnos las manos y higienizarnos las mujeres” dice Claudia. Al igual que lo hizo Ramona, Claudia denuncia la falta de agua en plena pandemia, en la capital bonaerense gobernada por la alianza Juntos por el Cambio.

La experiencia de los comedores comunitarios y las ollas populares en el marco de la pandemia abren el desafío de reconocer el rol clave de estos trabajos en las dinámicas excluyentes de nuestra sociedad; y revalorizar las actividades económicas (esenciales) realizadas por los sectores populares sin un reconocimiento acorde (Salvado, 2020). El reconocimiento económico puede implicar significativos cambios para las mujeres trabajadoras de la economía popular, ya que la mayoría de ellas suelen ser madres y jefas de hogar, que realizan una doble jornada laboral al realizar tareas de cuidado no reconocidas tanto en sus hogares como en las unidades productivas (Lazarte y otros, 2020).

—Mientras tanto seguiremos ayudando y trabajando. Yo les agradezco a mis compañeras que también pusieron el pecho en estos tiempos de la pandemia y todas a la par, tampoco voy a abandonarlas. Estoy muy agradecida del apoyo que tengo de ellas —dice Liliana—. Mis hijos siempre me dicen "vos no estás nunca en mi casa", pero es verdad, vivo en la calle. Pero es lo que me gusta. No sé, siempre me gustó esto y yo creo que voy a morir con esto, militando.

Bibliografía

- Lazarte, J.; Tóffoli, M.; Ambort, M. E.; García, M. y Roca Pamich, M. B. (2020). La organización de la patria precarizada. Apuntes para pensar la economía popular a partir de la experiencia del Movimiento de Trabajadores Excluidos. Buenos Aires: Instituto Tricontinental de Investigación Social.

- López, M. P. (2020). El futuro ¿Ya llegó? En El futuro después del COVID-19. pp. 170-176. Argentina Futura. Jefatura de Gabinete de Ministros de la Nación.
- Merklen, D. (2005). Pobres ciudadanos. Buenos Aires: Gorla.
- Pérez Sainz, J. P. (2019). La rebelión de los que nadie quiere ver. Respuestas para sobrevivir a las desigualdades extremas en América Latina. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Salgado, R. (2020). Trabajo esencial: merenderos y comedores en contextos de COVID-19. Bordes. Revista de política, derecho y sociedad. UNPAZ.
- Vázquez, M. y Vommaro, P. (2009). Sentidos y prácticas de la política entre la juventud organizada de los barrios populares en la Argentina reciente. Cuadernos del Cendes. Vol. 26, núm. 70. Caracas.

Informes

- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2014). Tercer trimestre de 2013. Encuesta sobre trabajo no remunerado y uso del tiempo. Buenos Aires, 10 de julio de 2014.